

Luis Almagro no pide perdón

Gonzalo Ferreira y Martín Natalevich

© 2020, Gonzalo Ferreira - Martín Natalevich

Derechos exclusivos de edición
reservados para todos los países del mundo:
© 2020, Editorial Planeta S.A.
Cuareim 1647, Montevideo - Uruguay

1.^a edición: noviembre de 2020
ISBN 978-9915-654-64-5

De acuerdo con el artículo 15 de la Ley N.º 17616: «El que edite, venda, reproduzca o hiciere reproducir por cualquier medio o instrumento —total o parcialmente—; distribuya; almacene con miras a la distribución al público, o ponga a disposición del mismo en cualquier forma o medio, con ánimo de lucro o de causar un perjuicio injustificado, una obra inédita o publicada, una interpretación, un fonograma o emisión, sin la autorización escrita de sus respectivos titulares o causahabientes a cualquier título, o se la atribuyere para sí o a persona distinta del respectivo titular, contraviniendo en cualquier forma lo dispuesto en la presente ley, será castigado con pena de tres meses de prisión a tres años de penitenciaría», por lo que el editor se reserva el derecho de denunciar ante la justicia Penal competente toda forma de reproducción ilícita.

Prólogo

Luis Almagro es uno de los políticos latinoamericanos que en la actualidad provoca más sentimientos polarizados.

Originalmente era un diplomático de carrera, con formación en Derecho, que pasó de ser un desconocido absoluto en la política uruguaya a transformarse en uno de los integrantes del círculo de confianza del presidente José Mujica (2010-2015), en el cargo de ministro de Relaciones Exteriores.

Tras cinco años de ser el canciller de un exguerrillero de izquierda de los 60, saltó a un sitio de jerarquía internacional que cargaba con el estigma de haber sido un «ministerio de las colonias» de Estados Unidos. Ese pasaje lo alcanzó gracias a la promoción fundamental de su jefe, con quien se distanció cuando el viento empezó a cambiar en el hemisferio. Luis Almagro llegó a la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos para revitalizar la institución, transformarla y recuperar la primera plana en la agenda del continente, al punto de marcar la cancha de la política regional. En ese proceso, que implicó una mutación política, recibió acusaciones terribles y elogios extraordinarios.

Un traidor. Un rebelde. Un converso. Un estratega. Un agente de la CIA. El héroe del pueblo venezolano. Un oportunista. Una celebridad de las Américas. Un panqueque. Un abogado defensor aferrado a los principios. Un situacionista con capacidad de acomodo. El político uruguayo más universal. El hombre vela y un ser apegado de forma coherente a sus valores. Cuando se trata de Luis Almagro son varias las caracterizaciones y valoraciones que aparecen conforme a una trayectoria profesional pletórica de curvas, pendientes y cascadas.

Pero ¿quién es realmente Luis Almagro? ¿Cuál ha sido su enigmática trayectoria que lo llevó al primer círculo de Mujica? ¿Cómo pasó de ser el canciller de un revolucionario de izquierda a uno de los principales aliados del presidente Donald Trump en las Américas? ¿Cómo se procesó ese cambio? ¿Quiénes

fueron los jugadores esenciales que lo acompañaron e influyeron en cada momento de su vida profesional? ¿Cuál es la energía vital que lo mueve? ¿Cómo piensa y qué es lo que determina su comportamiento? ¿Qué aspectos de su historia familiar, su niñez y adolescencia le forjaron su carácter y personalidad?

Estas fueron algunas de las preguntas que nos hicimos una vez que recibimos la propuesta de Editorial Planeta de realizar esta investigación periodística, que buscó estudiar a fondo al personaje detrás de Luis Almagro. Y para ello, entrevistamos a lo largo de un año y medio a más de 100 personas vinculadas a cada una de las etapas de su vida, entre otros: tres excancilleres, un antiguo secretario general de la Organización de los Estados Americanos y dos de los principales hombres de la administración Trump para América Latina. Además, mantuvimos veinte horas de conversaciones con Almagro.

Este libro no procura postular máximas sobre ninguna de esas interrogantes ni generar conclusiones absolutas sobre la persona y el personaje, sino aportar la mayor cantidad de elementos para que cada lector formule su propia respuesta. En esencia, es un libro cargado de hechos.

La historia de Luis Almagro es una, de múltiples conversiones políticas. Pero también es un relato de rebeldía, resiliencia, sacrificio, amor propio, desgracia y mucha fortuna que empezó en un pueblo del interior profundo de la campaña uruguaya y culminó, al menos por ahora, en el centro del poder mundial. Pero quizás ni siquiera esté escrito el punto final porque, como este libro adelanta, Luis Almagro siempre tiene espacio para una vuelta de tuerca. El sanducero quiere volver a la política uruguaya y en su cabeza tiene claro en qué partido.

Cada uno de esos elementos son los que hacen de esta vida una historia que merecía ser contada. Esperamos haber estado a la altura.

Gonzalo Ferreira y Martín Natalevich
Montevideo, octubre del 2020

Nota sobre las fuentes y las referencias

Para este libro se consultaron a más de 100 personas, algunas de las cuales decidieron declarar y otras prefirieron permanecer en el anonimato. Las fuentes documentales consultadas y citadas por los autores aparecen referenciadas con una nota a pie de página, mientras que las citas de las entrevistas realizadas por los autores están contempladas en el propio texto. Al final se ofrece una lista de todas las fuentes nominadas que dieron su testimonio para el libro.

I

El hombre que sabía leer el viento

Era la primera vez en poco menos de un año y medio en Washington D. C. que salía de las autopistas para transitar por una carretera a medida más humana y conocer el otro Estados Unidos, ese que define las elecciones y al que muy pocos le prestan atención.

En las rutas que lo llevaron por Georgia rumbo a un pequeño pueblo de 637 habitantes llamado Plains, Luis Almagro arribó el 1o de setiembre del 2016 a una conclusión sobre algo determinante para su futuro y el de millones de personas: Donald Trump sería el próximo presidente de los Estados Unidos de América.

El secretario general de la Organización de los Estados Americanos (OEA) iba camino a visitar al expresidente Jimmy Carter, y el paisaje que vio por la ventana le hizo comprender una realidad que no estaba percibiendo desde la capital. «Pasabas frente a granjas y prácticamente todas tenían carteles que decían “Farmers for Trump”, “We are with Trump”. Todo el camino. No había uno para la otra candidata [Hillary Clinton]. Nada», recuerda, al evocar el momento de esa revelación desde su despacho en Washington. En ese instante se dio cuenta de que había un «discurso que captaba votos» y que iba «a prender» en las elecciones que se celebrarían dos meses después. «No lo decía ninguna encuesta, no lo decía nadie», asegura.

Por ello, pocos días después, camino a Brasil, en su último intento por frenar el *impeachment* a Dilma Rousseff, tomó una decisión que explicaría su acercamiento al gobierno de Estados Unidos: tenía una oportunidad grande de mejorar su vínculo con quien paga las cuentas de la OEA, pero eso implicaba poner quinta en el cambio de rumbo que venía ejecutado en los últimos meses.

Hasta ese momento su relación con Estados Unidos era esquivada, pero el escenario político que vislumbraba le abría una

ventana. A esa conclusión había llegado en el viaje a Brasil junto a uno de sus principales asesores, el argentino Gustavo Cinosi.

«Hicimos un movimiento para solicitar una reunión, pero la institucionalidad americana nos desaconsejó completamente que pidiéramos un encuentro con un candidato durante el proceso electoral. [Tenía] esa convicción, ese saber profundo de que la jugada venía por ese lado: “Esto es lo que va a pasar, esto es lo que va a pasar”. Y ese *waking up* se lo expresé ahí a Cinosi y estuvimos de acuerdo», dice Almagro.

La irrupción de Trump en el año 2016 fue removedora para todos los actores políticos del planeta. Y Almagro no fue la excepción. Por eso su primera reacción, desde su rol institucional, había sido muy similar a la del resto del sistema: desconfianza y cuestionamientos. Antes de tener ese despertar en el Estados Unidos profundo y la charla de avión con su colaborador, había enviado señales críticas hacia el candidato.

Cuando comenzó la carrera electoral republicana hacia las internas, Trump era considerado por la mayoría como un loco que no podría imponerse. Así lo veían incluso algunos dentro de su partido.

El excéntrico empresario no perdía oportunidad de hacer declaraciones que resultaban alarmantes para el *establishment*. La promesa de un muro con México, la propuesta de impedir el ingreso a ciudadanos que llegaban desde países con predominio musulmán porque «tenían vínculo con organizaciones terroristas» y su amenaza de salirse de tratados ambientales fueron solo algunos de los dichos de campaña.

A medida que avanzaba el ciclo electoral, aparecían voces de espanto. Dos meses antes de que Trump consiguiera la cantidad de convencionales necesarios para obtener la nominación del Partido Republicano, Almagro deslizó sus primeros reproches al magnate.

En diciembre del 2015 el secretario general de la OEA, sin nombrarlo, cuestionó las posiciones «demagógicas» del candidato por buscar «caricaturizar al inmigrante como el causante de todos los males» y aseguró que era «imperativo levantar la voz en favor de los derechos de los inmigrantes».¹ Durante un

1. «Foro migración y Derechos Humanos: perspectivas y retos». Discurso de Luis Almagro en Washington, publicado en el sitio web de la OEA, el 16 de diciembre del 2015.

viaje a El Salvador, el 12 de abril del 2016, criticó «el surgimiento generalizado de los *outsiders* en la política»² y algunos meses después reiteró el cuestionamiento en Veracruz, México. Desde allí objetó el estilo destemplado del presidenciable republicano y lo mencionó con nombre y apellido. «No es casualidad que la política tradicional se vea invadida por *outsiders*, muchos de ellos enarbolando las demandas más estridentes de grupos de la población, como es el caso del magnate Donald Trump en Estados Unidos»,³ sentenció.

Esa fue la última crítica en público. Luego vino el convencimiento de su victoria, el silencio y la concreción de esa profecía en la realidad. Según como lo ve ahora, esos cuestionamientos tienen que ver con «temas institucionales» que eran importantes para la OEA y su funcionamiento. El acercamiento posterior, asegura Almagro, estuvo basado en la franqueza y en la capacidad de trabajar sus desavenencias para resolverlas.

En el 2015 y comienzos del 2016, Almagro ya había mostrado una contundencia sorprendente respecto a Venezuela, pero en el resto de los asuntos estaba más alineado con lo que había propuesto en la campaña electoral para la OEA y lo que había declarado en los discursos de asunción. Su antecesor en el cargo, José Miguel Insulza (2005-2015) cree que Almagro prometió —y así se ganó la mayoría de los votos— una gestión muy parecida a la de él. «Almagro dirá lo que quiera, pero su discurso fue completamente continuista. En algunas cosas trataba de diferenciarse, pero algunos pensaban que estaban votando una continuidad», dice Insulza desde su escritorio en Chile, donde pasó la mayor parte de su reclusión por el COVID-19 entre las sesiones del Senado y reuniones políticas, evaluando una nueva candidatura presidencial para el 2021.

La apreciación de Insulza era predominante en Washington, en función del antecedente más próximo que traía en su carta de presentación: Luis Almagro, mejor conocido en ese entonces como el canciller de José Mujica. Y también era cierto que en sus

2. «Las comisiones internacionales contra la impunidad y su papel en la consolidación democrática regional». Discurso de Luis Almagro en San Salvador, publicado en el sitio web de la OEA el 12 de abril del 2016.

3. «Democracia en las Américas y el papel de la OEA». Discurso de Luis Almagro en Veracruz, publicado en el sitio web de la OEA el 16 de agosto del 2016.

primeros pasos había dado señales de que seguiría las huellas de su antecesor.

¿Qué era el continuismo de Insulza en la OEA? No molestar a Cuba e incluso tratar de abrirle espacio en el sistema interamericano, intentar ser un componedor más que un justiciero y estar al servicio de lo que los países pidieran. Pero sobre todas las cosas, mucha gestualidad de izquierda.

En su discurso de aceptación del cargo, el 18 de marzo del 2015, luego de la elección de ese mismo día, Almagro mostró elementos en ese sentido. Dijo que «llegó la hora de ponerle fin a fragmentaciones innecesarias»⁴ y dio señales contundentes respecto a La Habana. «Mi mirada estará en el corto plazo dirigida a la Cumbre de las Américas, oportunidad histórica para avanzar hacia un hemisferio sin exclusiones, a partir de la presencia de Cuba en el ámbito interamericano, por primera vez en décadas».

Dos meses después, al asumir, reiteró su compromiso con el regreso de ese país a la organización y dijo que la cumbre celebrada en abril en Panamá «marcó un punto de inflexión» en el hemisferio. «Trabajaremos para que Cuba pueda integrarse plenamente a la OEA»,⁵ dijo el 26 de mayo del 2015.

Entre todos los mensajes que había dejado Almagro, Insulza eligió verlo como continuista. Pero otros leyeron algo muy diferente, porque en su *speech* de aceptación también había indicaciones de cambios cuando habló de terminar con la OEA «anclada en los paradigmas del pasado» para dar paso a una OEA del siglo XXI. «No me interesa ser el administrador de la crisis de la OEA, sino el facilitador de su renovación», agregó.

De todas formas, fueron muy pocos los que alcanzaron a ver esos gestos. La enorme mayoría del *establishment* en D. C. se quedó con la imagen del canciller de José Mujica. En la capital de la primera potencia mundial la opinión hegemónica de políticos, académicos y organizaciones de la sociedad civil era que el nuevo secretario general sería una sucesión del anterior.

Esa premisa descansaba sobre dos axiomas: que la Secretaría General de Insulza había sido de mano tendida a la alianza

4. Discurso de aceptación por Luis Almagro Lemes, publicado en la web de la OEA el 18 de marzo del 2015.

5. «Hacia una OEA del Siglo XXI: discurso del secretario general de la Organización de los Estados Americanos (OEA), Luis Almagro Lemes en su toma de posesión», publicado en la web de la OEA el 26 de mayo del 2015.

cubano-chavista y que Luis Almagro respondía a ese mundo. Nadie ignoraba que el nuevo jefe de la Casa de las Américas había recogido el apoyo de todos los países de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA),⁶ la organización cubano-bolivariana creada por Hugo Chávez y Fidel Castro en el 2004. Lo votó todo el ALBA, lo votó Maduro.

«Insulza había hecho de la OEA un ministerio del chavismo. Y cuando Luis llegó a Washington estaba la presunción de que iba a ser más de lo mismo o algo parecido», afirma el profesor de Georgetown, Héctor Schamis, quien luego del cambio se volvería uno de los dos asesores argentinos directos de Almagro. Todo ello consolidaba la imagen de un secretario general izquierdista radical, como él se sigue definiendo aún hoy.

El embajador del gobierno de Trump ante la OEA va más allá: «Había mucha gente, los más conservadores, que estaban preocupados por la trayectoria de Almagro. No sabíamos si iba a ser un secretario general bueno, avanzando en los derechos humanos y la democracia, o iba a seguir en el mismo camino por el que iba la OEA», dice Carlos Trujillo, que ocupa la representación de Estados Unidos ante dicha organización desde el 5 de abril del 2018.

Trujillo es un hombre de 36 años, hijo de inmigrantes cubanos y parte de una camada de republicanos a quienes se los identifica como los representantes de las ideas más conservadoras de la política exterior estadounidense para América Latina. Ese grupo también lo integra Mauricio Claver-Carone, otro hijo de inmigrantes, quien defiende la política de embargo y sanciones a Cuba y que en setiembre del 2020 fue electo como presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID). El abogado reemplazó en la dirección del Consejo de Seguridad Nacional para los Asuntos Hemisféricos en la Casa Blanca a Juan Cruz, un exagente de la CIA, que fue el hacedor de la política de la administración Trump para América Latina y, en particular, para Cuba y Venezuela.

Trump se rodeó de halcones que venían del aparato securitista y de hijos de exiliados anticastristas. Con todos ellos Almagro haría muy buena relación tiempo después. Pero en el 2015,

6. Dicha alianza está integrada por ocho Estados.

tanto ellos como todo el resto aún lo veían como un actor asociado a Caracas y La Habana.

No obstante, ese no era el mayor problema que tenía Almagro durante su primer año en la OEA. Su escasa cercanía con quienes tomaban decisiones en la Casa Blanca y en el Departamento de Estado era una cuestión de mayor envergadura que atender.

Los vínculos del secretario general se canalizaron a través de los representantes permanentes del país ante la OEA, primero con Carmen Lomellin, Michael Fitzpatrick y luego Kevin Sullivan, y llegaron a su tope en la subsecretaria de Estado para el Hemisferio Occidental, Mari Carmen Aponte. Más allá de esos contactos, Luis Almagro había heredado una relación institucional poco vigorosa entre el gobierno de Estados Unidos y la OEA.

El chileno Insulza afirma que la administración de Barack Obama (2009-2017) ignoró completamente a la organización. «Los demócratas querían tener sus propios vínculos con América Latina, entonces sentían que necesitaban menos a la OEA que los republicanos», dice al comparar su experiencia con la gestión de George W. Bush (2001-2009). «Obama ni siquiera pensó en la posibilidad de ir a la fiesta del centenario del edificio», dice Insulza.

Ese escenario que describe el político socialista es el que encontró Almagro al llegar, y así seguiría durante todo el 2015 y el 2016. A pesar de esa falta de interés, Almagro procuró generar lazos con el gobierno demócrata. Pero no tuvo éxito. El secretario general ya le había mostrado los dientes a Venezuela, mientras Obama avanzaba en su política aperturista con Cuba —socio protector de los chavistas— y exploraba caminos de diálogo con Maduro. En ese momento Almagro aún no criticaba al régimen de los Castro, pero en la isla ya había suficiente encono por las posturas del uruguayo con Caracas.

«El ajedrez de Obama para América Latina era el deshielo con Cuba y la paz con Colombia», opina Schamis. Para que sus movimientos con Cuba y Colombia prosperaran, Estados Unidos necesitaba estabilidad del régimen chavista.

El expresidente español, José Luis Rodríguez Zapatero, jugó un rol clave en las negociaciones para procurar una mesa de diálogo, en momentos en que Almagro buscaba presionar desde la

OEA. Detrás de aquel exmandatario estaba el gobierno de Obama, según Schamis.

Almagro cuestionó el rol del español en una cena con el número tres del Departamento de Estado, Thomas Shannon, impulsor de la presencia de Zapatero en la negociación y el principal hombre de la diplomacia estadounidense para América Latina. Esa cena terminó muy mal. Era setiembre del 2016 y, si bien Obama estaba de salida, Almagro hacía un nuevo intento por acercarse a una administración que le había dado la espalda a él y a su estrategia para el principal tema que se empezaba a imponer en la agenda hemisférica: la crisis venezolana. Pero nada de lo que Almagro hiciera en ese momento podía alterar el orden de las cosas. Solo el aire de cambio que se empezó a respirar en D. C. a partir de noviembre le permitiría salir de ese pozo.

El aterrizaje en D. C. junto a «brillantes individualidades»

Luis Almagro pisó el principal despacho de la Organización de los Estados Americanos a la edad de 52 años, luego de 28 como funcionario del Servicio Exterior uruguayo, incluyendo los últimos cinco años en los que había dirigido el Palacio Santos —sede de la cancillería uruguaya—, durante la presidencia de José Mujica.⁷

Eso llevó a que los principales hombres de confianza con los que desembarcó en la OEA fueran del riñón del exguerrillero del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Pero ese equipo no se mantuvo estable. Los dos tiempos del primer quinquenio (2015-2020) de Almagro en la OEA —y en especial en su relación con Estados Unidos— se reflejan en la composición de su círculo más cercano en cada momento.

Cuando Almagro llegó al organismo hemisférico armó un equipo que refuerza la valoración de Insulza sobre la «continuidad». Su primera mesa chica era con tres uruguayos, todos de izquierda: Luis Porto, un frenteamplista independiente que había desempeñado cargos relevantes en el primer gobierno de Tabaré Vázquez (2005-2010) y de Mujica (2010-2015); Diego Cámpa, el exprosecretario de la Presidencia uruguaya en el segundo

7. El MLN-Tupamaros fue una agrupación guerrillera de la década del sesenta. Hoy es un sector político que integra el Frente Amplio.

mandato del Frente Amplio; y Gabriel Bidegain, un hombre con llegada en la izquierda de varios países del continente. Los tres siguen siendo muy cercanos al expresidente Mujica y solo Porto continúa en el equipo de la OEA.

Bidegain, conocido en el universo tupamaro como el Pepsi-Cola, fue figura principal en uno de los míticos episodios protagonizados por el movimiento guerrillero en las cárceles uruguayas. Es hermano de Raúl Bidegain Greising, un líder del MLN de Rosario al que un día el Bebe Raúl Sendic le dejó marcado accidentalmente el apodo del Loco Coca-Cola, con un comentario sarcástico. «El flaco es como la Coca-Cola, demasiada propaganda para un mal producto», dijo Sendic sobre Raúl Bidegain, según cuenta la leyenda tupa. ¿Cuál era la «propaganda»? El famoso episodio del «cambiazo».

En 1971 Raúl Bidegain estaba preso en la cárcel de Punta Carretas y un día su hermano Gabriel lo fue a visitar. Sin que la guardia carcelaria se diera cuenta, hicieron un cambio; Gabriel se quedó y Raúl se fugó. Por ese episodio, quien sería asesor de Almagro, casi 50 años después, estuvo preso entre 1971 y 1973 en Punta Carretas, Cárcel Central, Punta de Rieles y el Batallón Florida. Luego pasó un año en libertad vigilada y se fue a Argentina, donde estuvo en la clandestinidad hasta que pudo viajar a Bélgica, y allí se transformó en sociólogo por la Universidad Católica de Lovaina.

Gabriel Bidegain construyó los vínculos más fuertes en Punta Carretas cuando sustituyó a su hermano. Durante ese tiempo vivió desde adentro otro momento histórico de los tupamaros: la espectacular fuga de los 111 presos, el 6 de setiembre de 1971, a través de los túneles de la cárcel que hoy es un shopping. Si bien no era un tupamaro orgánico, sino «solo un buen muchacho que ayudó al hermano»,⁸ en ese penal conoció a Sendic, Mujica, Jorge Zabalza y Eleuterio Fernández Huidobro. Allí creó lazos que continuaron durante décadas y lo depositaron en el 2015 en la OEA.

Bidegain y Almagro entraron en contacto en el 2004, cuando el entonces primer secretario de la cancillería apenas aterrizaba en el Movimiento de Participación Popular (MPP), un sector de la izquierda uruguayo que se convirtió en la derivación político-

8. Este comentario fue aportado por Gabriel Bidegain.

electoral del MLN. Al volver a vivir a Uruguay, ya jubilado, Almagro y Mujica le propusieron que asumiera como embajador itinerante.⁹

De los tres uruguayos que aterrizaron en Washington, Porto era la figura central. Empezó primero que nadie y estuvo «hombro con hombro» con Almagro como jefe del equipo de transición. El secretario general se llevó al economista porque le aseguraba organización financiera y porque sabe jugar como el policía malo cuando hay que decir que no.

El vínculo con Mujica de los tres asesores fue continuo. «Todos tienen relación con el Viejo —como llaman cariñosamente al expresidente—, pero todos hacen lo que quieren. Ninguno de los tres es soldado», asegura Almagro. «Mi equipo está compuesto por brillantes individualidades. Cada uno es estrella», dice el secretario general.

Cánepa, prosecretario de la Presidencia de Mujica durante todo su gobierno, duró poco tiempo en la OEA. Renunció cuando el secretario general empezó a adoptar algunas posturas que se contraponían a las intenciones de Mujica para dicha organización. Lo hizo poco antes de la famosa carta de noviembre del 2015, en la que el expresidente le dijo «adiós» a su canciller.

«Creo que simplemente, teniendo que elegir entre el Viejo y yo, eligió al Viejo. No hay nada malo en eso, al contrario. No afectó nuestra amistad ni un milímetro», dice Almagro, y sostiene que aún hoy valora mucho a Cánepa por su «enorme capacidad de trabajo» y asegura que le tiene cariño.

Porto tuvo diferencias a lo largo del primer quinquenio con Almagro —expresadas públicamente en el caso Cuba—, pero permaneció siempre a su lado.

Bidegain, al igual que Cánepa, abandonó el cargo cuando sintió un cambio en el rumbo. Se quedó bastante más tiempo que el exprosecretario de la Presidencia (hasta el 2018), pero asegura que se fue por «dignidad», dado que sentía que sus opiniones ya no eran escuchadas de la misma manera. «Cuando vi que mi aporte no era suficiente, me fui. Los asesores tienen que saber retirarse a tiempo. Podía quedarme como florero ahí, pero yo no estaba por plata ni para pagar una hipoteca», dice Bidegain.

9. Este dato fue aportado por Gabriel Bidegain.

Además de los tres mujiquistas que se llevó desde Uruguay, otras dos personas que trabajaron duro en la primera campaña electoral de Almagro hacia la OEA y que luego se quedaron en el equipo fueron el uruguayo Sergio Jellinek, en la parte de comunicación, y el argentino Gustavo Cinosi en relaciones públicas. Cinosi no ocupó un rol central de entrada, más allá de haber sido relevante durante la carrera para el cargo. «Él estaba en el equipo desde el inicio, [pero] después empieza a tener un rol más importante», confirma Porto.

Jellinek integró el círculo íntimo todo el tiempo y fue una figura clave en la gestión de prensa de Almagro. «Sergio fue fundamental en la primera campaña. Atajó 25 penales entre Washington, Nueva York y Miami, en un momento [en] que la prensa consideró que el mejor flanco para atacarme era decir que era ALBA *light*», explica el secretario general.

El asesor de medios había sido vocero de la OEA bajo la Secretaría General de João Baena Soares y trabajó en comunicación estratégica para varios organismos multilaterales, entre ellos el Banco Mundial. El legado más importante que le dejó a Almagro fue el de las redes sociales. Con lucidez lo impulsó a desembarcar en Twitter y jugar muy fuerte allí. «Esos mensajes que mandaba, esas grabaciones que él hacía, desconciertan totalmente al régimen de Venezuela, primero, y después a Cuba cuando los apunta a ellos», analiza el exdirector de Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima, Pedro Burelli, para quien Almagro pasó a ser un «rock star».

Poco tiempo después, el equipo sumó a una figura muy importante para Almagro: el diplomático uruguayo Gonzalo Koncke. «Gonzalo soy yo. Es mi *alter ego* y yo soy el *alter ego* de Gonzalo. Cuando no estoy, sé que va a resolver como yo resolvería, sin necesidad de preguntar. Es una persona que siempre resuelve bien, guapea y va para adelante, asume negociaciones difíciles y riesgos importantes», dice Almagro sobre su jefe de gabinete.

Hay otros que creen que si bien es cierto que Koncke actúa como una extensión de Almagro, opinan también que las personalidades disímiles de ambos se complementan. A diferencia de lo emocional que resulta por momentos el secretario general, Koncke es mucho más tranquilo. «Es un tipo muy

disciplinado y ecuánime. La inteligencia emocional de Koncke es un activo importante para Luis», dice el venezolano Burelli, quien conoce en profundidad el acontecer político y diplomático de Washington.

Otra persona que tuvo un papel importante al inicio de la gestión, pero que luego abandonó el núcleo duro del equipo con el cambio de rumbo que tuvo Almagro, fue el estadounidense Dan Restrepo. Su salida no fue total, y Almagro le permitió permanecer parcialmente en su equipo, aunque en un rol secundario. El estadounidense había sido asesor de Barack Obama sobre temas de América Latina (fue director de la oficina de Asuntos del Hemisferio Occidental del Consejo de Seguridad Nacional) y en el 2012 fue reemplazado por Ricardo Zúñiga, el diplomático que luego lideró las negociaciones de acercamiento con Cuba, muy vinculado a Thomas Shannon.¹⁰

Cuando llegó el cambio de rumbo de Almagro, Restrepo no se alejó definitivamente, dado que sigue como asesor, pero perdió protagonismo. Su trabajo aún hoy consiste en mantener una relación fluida entre la Secretaría General y el Congreso de Estados Unidos, especialmente con los senadores y representantes demócratas.

«Creo que sintió que su presencia cercana podía afectar las relaciones de la Secretaría General con la nueva administración americana [por Trump]. Él siguió haciendo trabajos importantísimos. Trabajó mucho para el apoyo bipartidario a mi candidatura en esta elección», dice Almagro, y cree que Restrepo también quiso alejarse un poco para mantener una cierta independencia que le permitiera seguir haciendo política por el Partido Demócrata.

Para el comienzo de su gestión, cuando Almagro necesitaba generar lazos con la administración Obama, Restrepo podía ser importante. Pero por más que el uruguayo golpeará la puerta de la Casa Blanca, la recepción que había para la OEA era nula. Eso habría de cambiar con el nuevo gobierno y cuando otro de sus consejeros, que aún no estaba en la primera línea, entró en acción.

10. «Nombran nuevo asesor de seguridad para Latinoamérica». *Voice of America*, 24 de mayo del 2012.

Cinosi, el misterioso y poderoso asesor

«Cinosi, ¿quién carajo sos vos?», bromea siempre el diplomático uruguayo Francisco *Pancho* Bustillo. Y el argentino le responde en forma automática: «No te preocupes, lo importante es que soy tu amigo». La pregunta del actual canciller uruguayo es la misma que se hacen decenas de personas en toda América, que no logran entender quién es Gustavo Cinosi ni cómo logró construir tantos contactos de altísimo nivel.

«Yo nunca pregunto. No le voy a preguntar», dice Almagro ante esa duda. «Es como si me preguntaran de dónde conozco a fulano o a mengano. A todos los conozco de un lado diferente. Por una circunstancia laboral, profesional o personal diferente», agrega.

Lo que todos destacan es que Cinosi logró construir una influyente red de contactos. Sus círculos de poder más fuerte en su país de origen fueron con el peronismo y, más precisamente, con los principales dirigentes kirchneristas.

«El operador K en el mundo empresario» o directamente «el empresario K» fue la fórmula reiterada con la que los medios argentinos presentaron a Cinosi. En cada una de esas notas de prensa aparecía subrayado el vínculo directo con Carlos *Chino* Zannini, secretario Legal y Técnico de la Presidencia entre el 2003 y el 2015, con Alberto Fernández, actual presidente y exjefe de gabinete del matrimonio Kirchner, y con la propia presidenta Cristina Fernández (2007-2015).¹¹

Su principal trabajo era operar de interlocutor entre los K y el mundo empresarial. El excanciller argentino de Mauricio Macri, Jorge Faurie, tenía a Cinosi «como un hombre del peronismo desde épocas de Menem», pero que nunca tuvo claro qué hacía. «En Argentina podemos ser eficientes sin saber qué hacemos», asegura.

Pero Cinosi era mucho más que todo eso; era también una referencia ineludible de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires y, por lo tanto, el principal intermediario de la misión diplomática con el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

11. Véase: «Un empresario allegado a la presidenta es socio de un acusado en el Lázarogate» (*Perfil*, 8 de julio del 2013); «Zannini tiene lobby» (*Perfil*, 12 de julio del 2015); «El nexa con Zannini» (*Perfil*, 17 de abril del 2016), entre otras.

«Infaltable en toda reunión de la embajada pero también en todo acto del gobierno», lo describió *Ámbito Financiero* en su tradicional espacio «Charlas de Quincho», dedicado a retratar los eventos y reuniones del poder argentino. Y así era: Cinosi no se perdía ni una sola fiesta. Tenía la tracción suficiente para arrastrar a la presidenta a la inauguración de un Sheraton en Tucumán, en el que tenía una participación,¹² y para estar siempre en la lista corta cuando la embajada estadounidense invitaba.

En junio del 2009 fue uno de los 15 empresarios que despidió al embajador Earl Wayne en un almuerzo encabezado por el expresidente Bill Clinton en el octavo piso del Hilton, y en el 2016 fue uno de los invitados de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires a la cena de gala en honor al presidente Obama. Pero la relación con la sede diplomática había empezado muchos años antes. El exembajador estadounidense en ese país entre el 2003 y el 2006, Lino Gutiérrez, dice que Cinosi era un «contacto» de la representación para «asuntos comerciales y de negocios».

El lobbista usaba el Sheraton Pilar, un negocio del cual tenía el 5 % de las acciones, como su base de operaciones para hacer relaciones públicas. En ese espacio propició el primero de varios encuentros entre el embajador de Estados Unidos en Argentina, Earl Wayne, y el entonces jefe de gabinete de Cristina Fernández de Kirchner, Alberto Fernández, el 12 de febrero del 2008. Esas reuniones que tenían una frecuencia mensual habían sido diseñadas con el objetivo de «ayudar a gestionar las relaciones entre Estados Unidos y Argentina»,¹³ explicó el embajador en un cable que envió a su país dos días después del encuentro. «Este almuerzo tuvo lugar en un hotel privado por parte de un asesor del sector privado cercano a Fernández, Gustavo Cinosi, quien jugó un papel de intermediario vital en la reconciliación entre Estados Unidos y Argentina»,¹⁴ advertía el mensaje clasificado que escribió el embajador Wayne.

12. «Cristina en Tucumán por el 9 de julio y por una inauguración», *La Nación*, 8 de julio del 2013.

13. «Argentina: Ambassador's meeting with chief cabinet», cable enviado desde la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires el 14 de febrero del 2008.

14. *Ibidem*.

Índice

Prólogo.....	9
Nota sobre las fuentes y las referencias.....	11
I. El hombre que sabía leer el viento.....	13
II. Un yanqui bolivariano a la OEA.....	37
III. Autorreclutado	69
IV. La caída de Villa María Inés.....	105
V. Almagrismos.....	131
VI. El ejecutor final.....	151
VII. Contaminantes orgánicos persistentes	185
VIII. Segundas nupcias	203
IX. El secretario que llegó a canciller	221
X. La mentira.....	231
XI. Zaatari	251
XII. Apoteosis en Miami	281
XIII. La revelación.....	307
XIV. Maduro no se anima a salir al patio	327
XV. ¡Viva la revolución jinetera!.....	359
XVI. El presidente de la OEA	381
XVII. Apátrida.....	407
XVIII. El aliado	429
Epílogo. Piel de elefante.....	449
Lista de entrevistas (<i>on the record</i>).....	471
Agradecimientos	475